



La historia como desencubrimiento.

«De tan verdadera, la verdad se vuelve sospechosa.»

Juan Ruiz de Alarcón

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

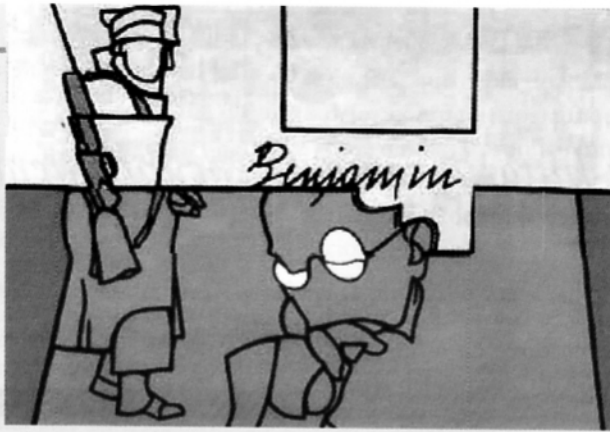
UNO

Es difícil imaginar un texto más incómodo para un historiador, para un profesional del discurso histórico, que el de las Tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia". Entre enigmático y retador, es un texto que pareciera a ratos querer convencerlo de la imposibilidad de su oficio. Tan altas son las exigencias epistemológicas, éticas y políticas planteadas, según Walter Benjamin, por la escritura de la historia, que el historiador académico, cuando no las deja de lado por ilusorias, tiende a verlas como inalcanzables.

En efecto, si preguntáramos al texto de Walter Benjamin cuál es el fundamento, cuáles son las condiciones de posibilidad del discurso propio del historiador, la respuesta que encontraríamos en él implica toda una definición de la historicidad del género humano. El ser humano es histórico porque las acciones que emprende cada una de sus generaciones —todo tipo de acciones, desde las más fundantes hasta las más insignificantes— comprometen a las generaciones siguientes. Son acciones que implican una transformación de lo otro, lo extra-humano y la construcción de un mundo para la vida; que dan lugar a creaciones que perduran, que tienen que ser re-asumidas, continuadas o transformadas por ellas. El ser humano es un ser histórico porque los hechos que resultan de esas acciones, los triunfos, pero también los fracasos en los que ellos consisten, quedan como recuerdos grabados en la memoria muda, objetiva, que es inherente a la consistencia misma de las cosas de ese mundo de la vida; recuerdos que pugnan por expresarse, por re-vivir los momentos de esas acciones. Las acciones del pasado tienen así la actualidad de lo inconcluso, de lo que está abierto a ser continuado en un sentido o en otro.

El pasado, dice Walter Benjamin, tiene un derecho sobre el presente, está en condiciones de exigirle que lo rescate, que salga en su defensa, que peleé por él; le confiere una capacidad o una fuerza mesiánica, redentora. Y es que, para Benjamin, el *continuum* histórico instaurado para el género humano por la incompletud del mundo de su vida no está hecho de una sucesión más o menos equitativa de triunfos y fracasos, sino por el predominio contundente de éstos últimos. El "ángel de la historia", es decir, alegóricamente, la autoconciencia de la historia, la dinámica de la historia reflexionando sobre sí misma, mira en el progreso de los tiempos un viento huracanado, devastador, que amontona ruinas a su paso. Es el viento que sopla desde el cielo de los poderosos y que les asegura el triunfo.

Porque, para Walter Benjamin, las peripecias de la acción humana durante todo el tiempo que lleva de ejercerse, ese tiempo al que Marx llamó la "pre-historia", han girado siempre, una y otra vez, en un sentido adverso a la emancipación humana, a la liberación de su diálogo con la naturaleza. A ello, al hecho de que "el enemigo de la abolición del dominio de una parte de la sociedad sobre el



resto de ella es un enemigo que no cesa de triunfar”, al hecho de que la necesidad de actualizar el pasado resulta de la experiencia que la sociedad tiene de este fracaso perenne, se debe el que esa actuali-

dad adopte la forma de una exigencia “mesiánica” o de redención del pasado sobre el presente o, lo que es lo mismo, de una capacidad “mesiánica” o redentora del presente hacia el pasado.

“¿Acaso no nos roza, a nosotros también, una ráfaga del aire que envolvía a los de antes? ¿Acaso en las voces a las que prestamos oído no resuena el eco de otras voces que dejaron de sonar? (...) Si es así, entonces, entre las generaciones del pasado y la nuestra, está vigente una cita (verabredung) secreta [un compromiso secreto de encontrarnos]. Es decir: éramos esperados sobre la tierra. También a nosotros, entonces, como a toda otra generación, nos ha sido conferida una débil fuerza mesiánica, a la cual el pasado tiene derecho a dirigir sus reclamos.”

En el texto de Walter Benjamin campea un principio epistemológico básico acerca de la posibilidad que tiene el discurso historiográfico de ser el vehículo de un conocimiento verdadero del pasado; es un principio que parte de la concepción de la historicidad concreta del ser humano que acabo de mencionar. Para Benjamin, sólo un presente que es capaz de aceptar el desafío que el pasado le lanza a su fuerza mesiánica, que es capaz de reconocerse y asumirse como reclamado por él, puede alcanzar una imagen verdadera de ese pasado, y esto sólo mientras dura ese compromiso, fugazmente, como en un destello.

Walter Benjamín somete a una crítica implacable la idea historicista de una “empatía” con el hecho del pasado, que permitiría aprehenderlo “desde adentro” y narrarlo con mayor verosimili-

tud. La empatía, dice, es siempre con la situación de los dominadores y victoriosos, es decir con quienes están interesados en ocultar los hechos. A lo que el “historiador materialista” puede

aspirar es a “citar” un hecho del pasado captando desde los conflictos del presente la oportunidad de hacerlo. La “cita” del pasado implica el cumplimiento de la cita mesiánica que se tiene con él. La “cita” del pasado es una invocación o convocatoria del mismo, pero es también el cumplimiento de una “cita” secreta, de un compromiso oculto de encontrarse con él.

La imagen del pasado que el historiador materialista trata de atrapar es aquella que se le muestra inesperadamente al sujeto histórico cuando entra en un “instante de peligro”, cuando, en lugar de citar del pasado, invocarlo, convocarlo, obedeciendo a su encargo mesiánico, está tentado a renunciar a hacerlo.

El discurso sobre el pasado, dice Benjamin, no consiste en “reconocerlo tal como sucedió realmente”; consiste en apoderarse de un recuerdo tal como él relumbra en ese “instante de peligro”, en ese instante en que es llamado a rendirse y entregarse como instrumento de la clase dominante. El historiador que es capaz de citar del pasado y de cumplir la cita con él, el historiador materialista, que se resiste a la complicidad a la que le invita el discurso de los dominadores, pasa su mano por sobre la piel impecable de la narración histórica que ofrece ese discurso, pero lo hace necesariamente a contrapelo. Al hacerlo encuentra sin falta, bajo esa superficie bruñida, un buen número de cicatrices y moretones, de traumatismos que no son inmediatamente visibles, que están escondidos, ocultos por ella y que son indicios de que todo aquello que aparece en él como un documento o una prueba de cultura debe ser también, al mismo tiempo, un documento o una prueba de barbarie.

